

MUNICH

TREINTA AÑOS DESPUES



CHAMBERLAIN



HITLER



DALADIER



MUSSOLINI

por **PABLO BERBEN**

EN el aeropuerto de Londres, varios millares de personas esperaban la llegada del avión. Era una multitud alegre y jovial. Cuando Chamberlain descendió del avión —sombrero hamburgués, chaqueta negra, pantalón rayado, fino paraguas bien arrollado— la ovación y los gritos de entusiasmo estallaron. Jamás Neville Chamberlain, frío y distante político conservador, había conseguido la popularidad. Aquel día le sonreía por primera vez. Chamberlain acababa de entregar Checoslovaquia a Hitler. Quienes le recibían estaban creyendo de buena fe que se

había conjurado la guerra mundial que, unas horas antes, parecía inevitable. Todo había sucedido en Munich, el 30 de septiembre de 1938. La ciudad alemana de Munich —el sur alemán, la Baviera reidora y cervecera, carnavalesca, chistosa, locuaz— tiene entrada grave dos veces en la historia contemporánea. La primera vez, porque en ella se fundó el partido nazi. La segunda, porque las democracias occidentales capitularon ante el Reich alemán nazi. Checoslovaquia celebra ahora el treinta aniversario de su entrega al totalitarismo bajo otras tropas ocupantes.

¿A USA? ¡Con TWA!

TWA conoce mejor los Estados Unidos

TWA es la única línea trasatlántica que vuela a Nueva York, Boston, Chicago, Los Angeles, etcétera, etcétera... ¡hasta 39 ciudades norteamericanas! Si su viaje es a USA, debe hacerlo en la línea que conoce mejor los Estados Unidos. En cada minuto de su viaje, Vd. disfruta la tradicional cortesía TWA, ya sea en servicio Royal Ambassador o Clase Económica.

Aproveche las ventajas de las nuevas Tarifas Familiares Reducidas y los descuentos que ofrece la Tarjeta de Hospitalidad del Gobierno de los Estados Unidos. Consulte a su Agencia de Viajes o llame a TWA.

Y recuerde: ¿a USA? ¡por TWA!

up up and away* 

* Marca de servicio propiedad exclusiva de Trans World Airlines Inc



Hitler, Chamberlain, Mussolini y Daladier firman el pacto de Munich. La conferencia terminó el 30 de septiembre. Los representantes checos esperaban a la puerta de la sala: no pudieron hablar en defensa de su país, entregado como carnaza al Führer. Este tenía ahora «manos libres en el Este». Chamberlain y Daladier fueron acogidos con vítores en Londres y París: el fantasma de una segunda guerra mundial —se pensaba entonces— quedaba alejado. Y así vendría la ejecución del «Plan Verde», ocupación de Checoslovaquia por los nazis, y el «Plan Blanco», asalto a Polonia.

ACABAR CON LA RUSIA SOVIETICA

El juego de entrevistas y negociaciones de los demócratas occidentales con Hitler se estaba produciendo desde años antes. Lord Halifax había tenido una entrevista con Hitler, en Oberzellberg, en noviembre de 1937; el embajador alemán en París se movía incesantemente de ministerio en ministerio; el presidente Benes, de Checoslovaquia, recibía emisarios especiales de Hitler. El III Reich era una fuerza impresionante en Europa. Una fuerza terrible es algo que se puede canalizar favorablemente. Este es, por lo menos, el sueño dorado de los diplomáticos. Los diplomáticos occidentales creían que Hitler podría representar algo que se esperaba desde veinte años antes, desde 1927. La fuerza mágica que acabara con el espectro del comunismo, con la Rusia soviética. Era el gran sueño de los conservadores ingleses y el del capital americano. En ese mes de noviembre de 1937 dos grandes barones de la industria alemana visitaban, en San Francis-

co, a los gigantes de la industria americana: Dupont, Vandenberg, Sloan. Se trataba de llegar a un acuerdo para que Alemania y los Estados Unidos «pudieran organizar, en común, el mercado gigantesco de Rusia y de China» («Congressional Record», 20 de agosto de 1942). La idea no era, prácticamente, del agrado de los británicos. Se podía realizar, pero con el acuerdo de las grandes industrias de la Gran Bretaña. En enero de 1938 había un plan previsto para una conferencia de carácter antisoviético que debía celebrarse en Washington. Naciones representadas: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania. Fueron los británicos quienes boicotearon la conferencia. No se celebró. En su lugar el año 1938 conoció una importante operación de Hitler. En los códigos secretos se la denominó «Operación Otto»; el 12 de marzo los tanques alemanes atravesaron la frontera austríaca, y el 13 de octubre Austria quedaba anexionada a Alemania. Era el «Anschluss», la anexión. La mayoría de los austríacos la recibió con entusiasmo. La operación se legalizó con un plebiscito en el mes de abril: la anexión fue aceptada por un 99,75 por ciento de los vo-

tos... Francia y Gran Bretaña apenas se inquietaron.

LOS SUDETES Y LOS INTERESES BRITANICOS

La operación siguiente fue la de los Sudetes. Los sudetes constituían una minoría alemana, quizá unos tres millones de personas, que vivían dentro de las fronteras de Checoslovaquia. No eran, en realidad, alemanes: eran austríacos. La operación de anexión de Austria había servido para convertirlos en alemanes y, a partir de ese momento, necesitaban la protección de Hitler.

Un personaje llamado Konrad Henlein representó un papel importante en la cuestión de los Sudetes. Era un admirable ejemplar ario. Una cabellera rubia y sedosa sobre un rostro blanco, unas piernas musculosas asomando bajo el calzón tirolés o los pantalones de deportes. Aparentemente, un tranquilo empleado de banco, amante de la vida al aire libre. La



¡Claro! ¿Quién se resiste a la frescura, a la elegancia, al bienestar que proporciona una inglesa así? Por eso Javier se siente cautivado por English Lavender de Atkinsons, una colonia para hombres especiales (que entusiasma también a las mujeres)

La inglesa que cautivó a Javier



La Real Lavanda Inglesa ENGLISH LAVENDER DE **ATKINSONS**

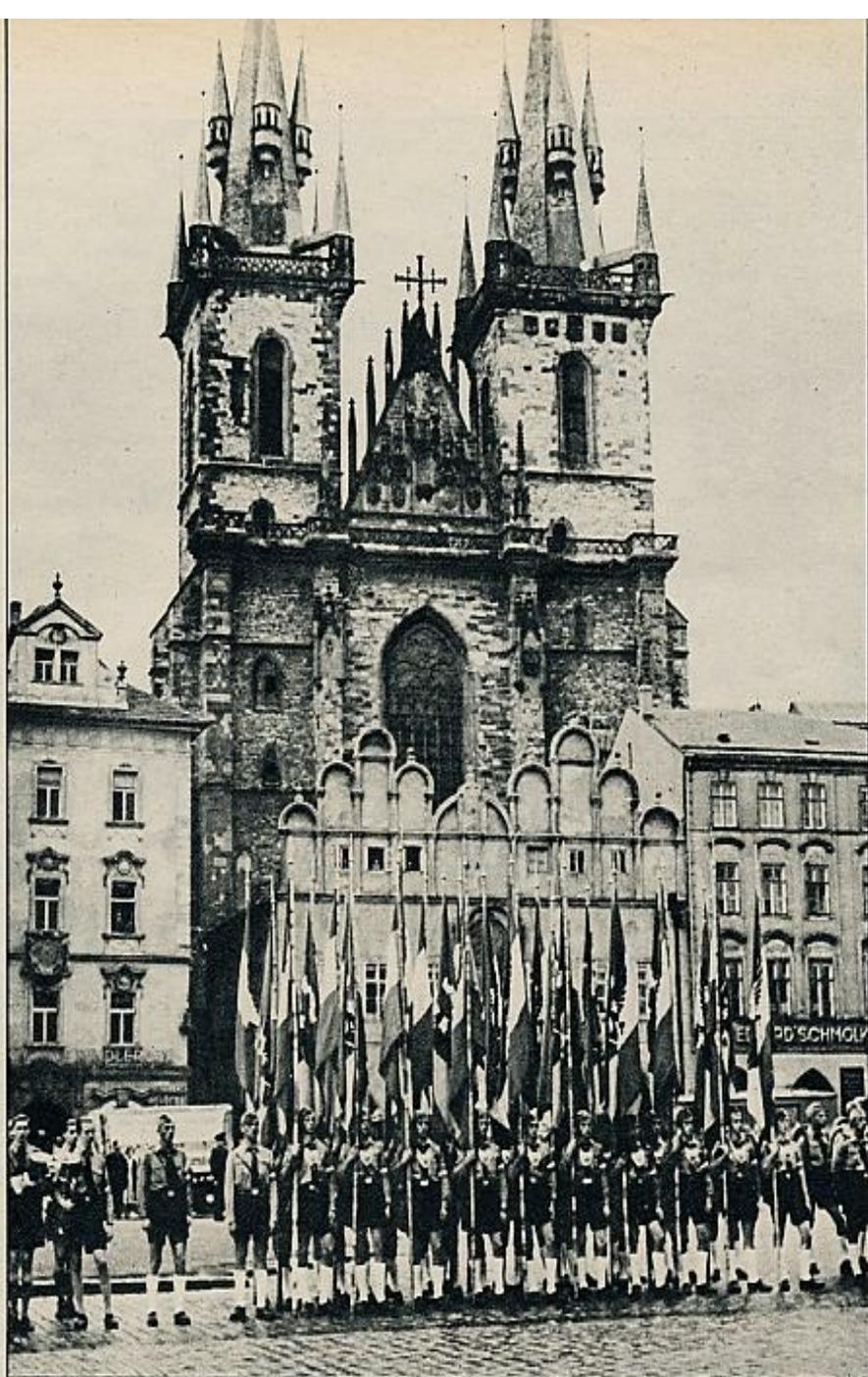
MUNICH

*«Resuelto el problema checo
—aseguraba Hitler—
no tendremos ninguna
pretensión
territorial en Europa».*

energía que no podía consumir el asiento burocrático la entregaba a una asociación deportiva, la «Sudetendentscher Volkssport». Pocas personas sabían que Henlein en sus viajes regulares a Alemania tenía un interlocutor impresionante: Adolf Hitler. En 1934 esta agrupación deportiva se convirtió en política. En 1936 tenía cuarenta y cuatro diputados en el Parlamento checo. En 1937 se transformaba en Partido de Alemanes de las provincias sudetes (SDP) y se convertía en separatista. Henlein comenzaba a pronunciar discursos que no se relacionaban en nada con Alemania o con el partido nazi, pero que presentaban con aspectos desgarradores la situación de opresión, de segregación, de sus minorías raciales. Dos gobiernos intervinieron a favor de los sudetes alemanes cerca de Checoslovaquia: Gran Bretaña y Francia. Para agradecer esta gestión democrática, Henlein se fue a Londres. No se supo, entonces, que su viaje tuvo una etapa en Berlín y que en esa etapa visitó secretamente al ministro nazi de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, de quien recibió instrucciones concretas. Más tarde, el gobierno británico envió a Lord Runciman para estudiar la cuestión. El «informe Runciman» fue favorable a la tesis que defendía las razones de los sudetes frente a Checoslovaquia y en favor de Alemania. La industria inglesa lo sostenía, movida por la importancia de sus intereses en Alemania (el ministro Robert Hudson era consejero de Unilever, con enormes intereses en Alemania. Arthur Chamberlain, primo del primer ministro, era consejero de tres sociedades del trust Mannesman. El propio primer ministro, Neville Chamberlain, poseía once mil acciones de la Imperial Chemical Industries, asociada a los trust alemanes). El 15 de septiembre de 1938, Chamberlain visitó a Hitler en Berchtesgaden y Hitler reclamó la anexión de las provincias sudetes. Chamberlain regresó a Londres, consultó con sus ministros, recibió a Daladier —presidente del consejo de ministros de Francia y regresó a Alemania— entrevista de Bad Godesberg— para expresar la anuencia de Francia y Gran Bretaña a la anexión. Pero, en ese momento, Hitler pide más. Quiere que la región cerca de Teschen vaya a Polonia, y una parte de la Eslovaquia meridional vaya a Hungría. Se trata de deshacer Checoslovaquia y Chamberlain no puede acceder.

“MANOS LIBRES EN EL ESTE”

Entra en escena Roosevelt. Los Estados Unidos no son indiferentes a lo que pasa en



Las Hitler-Jugend en la Altstadter-Platz de Praga. En marzo del 39 la ocupación de Checoslovaquia era total. El camino del Este quedaba abierto al Reich. Se iniciaba una nueva era en la historia.

Europa. Un banquero, Bernard Baruch, y un político, el subsecretario de Estado, Sumner Welles, vienen a Europa y advierten a Francia y a Alemania que no deben contar con ninguna ayuda americana si se oponen a las pretensiones de Hitler. Los embajadores norteamericanos —entre ellos Joseph Kennedy, padre de los Kennedy, que luego quedaría en entredicho por haber colaborado «excesivamente» con los alemanes— mantienen esa posición. Roosevelt trata de quitar a Gran Bretaña la hegemonía en esta operación diplomática y convoca una nueva conferencia que propone a Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia y Polonia. La URSS queda fuera. Pero Gran Bretaña se adelanta y propone la conferencia de Munich. La Unión Soviética no está invitada, los Estados Unidos, tampoco. Es un asunto entre Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania.

La conferencia comenzó con un gran discurso de Hitler. Se refirió a otro discurso que había pronunciado unos días antes —el 26 de septiembre— en el Palacio de Deportes, en el que había dicho que las tropas alemanas entrarían en Checoslovaquia el 1 de octubre. La intención de Hitler era la de explicar que la invasión se realizaría de todas maneras. Si la conferencia tenía buen éxito, sin derramamiento de sangre. Si no, mediante la guerra. Francia

y Gran Bretaña habían movilizado sus tropas para llegar a Munich en una posición de fuerza, pero no les fue necesario. El discurso de Hitler les pareció perfecto, desde el momento en que Hitler insistió en que una vez resuelto el problema checo «No tendremos ninguna pretensión territorial en Europa». Las conversaciones privadas destacaron todo el sentido de esa frase. Europa significaba el Oeste. Una frase se hizo famosa: «Manos libres en el Este». Es decir, hacia Rusia, hacia Polonia. Otto Abetz escribía que «para compensar la libertad de acción en el Este, Alemania ha garantizado el "statu quo" en el Rhin» (Abetz, *Das offenes Problem*, Colonia 1951.)

Cuando la conferencia de Munich terminó, el 30 de septiembre, los representantes checos esperaban a la puerta. No se les había dejado entrar a hablar de su país y por su país. Se les comunicó, simplemente, el resultado. Cuando intentaron protestar, el francés Daladier les dijo que «no había ya apelación posible». Antes de regresar a Londres, Chamberlain tuvo una entrevista privada con Hitler, de la que salió una declaración conjunta anglo-alemana: los dos países se comprometían a no hacerse nunca la guerra. Daladier tuvo otra entrevista con Hitler, con el mismo resultado, pero la declaración no se publicó hasta el 6 de

*«Abandonando Rusia
a su suerte,
Gran Bretaña y Francia
alejarán la amenaza
de sus propios países».*

3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra. La Segunda Guerra Mundial había comenzado.

EL URANIO

CHECO

2 de agosto de 1940. Carta de Alberto Einstein al Presidente Roosevelt. «Señor: Un trabajo reciente de E. Fermi y L. Szilard, que me ha sido comunicado en manuscrito, me hace suponer que el elemento uranio podrá, en un porvenir inmediato, constituir una fuente de energía importante (...). Este fenómeno nuevo implicaría igualmente la fabricación de bombas, y se puede imaginar, aunque esto presente menos certidumbres, que se conseguirá fabricar bombas de un tipo nuevo de extrema potencia (...). He sabido que Alemania acaba de prohibir la venta de uranio de las minas checoslovacas de las que se ha apoderado. Tal medida por parte de ese País se explica verosímelmente por el hecho de que el hijo del subsecretario alemán de Estado, Von Weizsäcker, está agregado al Instituto Kaiser Wilhelm, de Berlín, donde se reproduce actualmente una parte de los trabajos americanos sobre el uranio».

La urgencia por la ocupación de Checoslovaquia por Hitler encuentra aquí una de sus claves. Quería el uranio checo. Buscaba la bomba atómica. Occidente le dio la posibilidad. Si no hubiera mezclado la soberbia racial, si no hubiese expulsado, perseguido o encarcelado a los sabios judíos, la hubiese tenido antes que nadie. Todo esto se jugó los días 29 y 30 de septiembre de 1938, hace ahora treinta años. ■ P. B. Fotos: FIEL, CIFRA y CAMERA PRESS-ZARDOYA.



Refugiados sudetes. Los sudetes formaban, en 1937, partido de alemanes de las provincias sude-tes, de tendencia separatista. Su jefe, Konrad Henlein, mantenía contacto permanente con Hitler.

diciembre de 1938. Daladier temía que a su regreso a París fuese linchado por la opinión pública... Tuvo, en cambio, una de las grandes sorpresas de su vida. Se encontró, como Chamberlain en Londres, con una recepción popular de entusiasmo. Georges Bonnet, que iba en el coche oficial a recoger a su jefe, no conseguía llegar al aeropuerto de Le Bourget. «Cuando el automóvil llegó a la entrada de la calle La Fayette, me encontré bloqueado por la multitud. Las gentes abrían las portezuelas para darme la mano y felicitarme» (conversación de Bonnet con Jacques de Launay, *Historia de la diplomacia secreta*, París, 1966).

UNA NUEVA ERA

A Hitler no le quedaba ya más que lanzar la operación que había llamado «Plan Verde», la operación de Checoslovaquia. Iba a inaugurar una nueva era en la historia. «Cuando bajo los pasos de los batallones alemanes la tierra de Bohemia tembló, se hundió el viejo mundo. La piedra de clave del edificio levantado por el tratado de Versalles se hundía. Pero algo más importante estaba sucediendo. El camino hacia el Este estaba abierto ante el Reich alemán» (Freund, *Deutsche Geschichte*, Güterloh, 1960). La ocupación total de Checoslovaquia quedó terminada en marzo de 1939. Unos días después —6 de abril— otro país quedaba digerido por Hitler, Albania.

Una zona soviética parecía la presa inminente de Hitler. Bullit, embajador de Estados Unidos en París, informaba a su Gobierno:

«Alemania intentará apoderarse de Ucrania, que es el granero de la Unión Soviética. Para ello, Alemania se extenuará hasta tal punto que no podrá sostener ese esfuerzo y terminará por hundirse. Japón ocupará o intentará ocupar Siberia y se hundirá también por ese esfuerzo demasiado grande. Abandonando Rusia a su suerte, Gran Bretaña y Francia alejarán la amenaza de sus propios países» (The secret diary, Nueva York, 1954). Si Hitler lo hubiera hecho así, la cara del mundo hubiera sido otra. Pero Hitler no había pensado un solo momento respetar las garantías de Munich. Necesitaba dar un golpe a las democracias occidentales y preparó su «Plan Blanco»: la invasión de Polonia. Desde el mundo occidental se trataba de dirigir claramente a la Alemania de Hitler hacia el Este, hacia la URSS. El 23 de mayo de 1940 se celebraron conversaciones entre el Japón y los Estados Unidos y se propuso una nueva conferencia con los mismos interlocutores de Munich más Estados Unidos y Japón. Desapachó a Europa dos emisarios, Waldenberg y Fisch —de origen alemán y muy favorables a Alemania—, que regresaron el 15 de agosto y dieron una conferencia de prensa explicando sus propósitos. No les dio tiempo. El 23 de agosto, la Unión Soviética y Alemania firmaron un pacto de no agresión por un plazo de diez años. Stalin había evitado, en el último momento, la orientación del ataque contra la URSS. En ese momento los aliados comprendieron que el expansionismo de Hitler se iba a dirigir contra ellos.

Al día siguiente del pacto germanosoviético, Hitler ocupó Dantzig. El «Plan Blanco» estaba en marcha. El 31 de agosto, Alemania lanzó un ultimátum contra Polonia, pero no esperó siquiera la respuesta: el 1 de septiembre comenzó su ataque contra este país. El